

*Contextos y texto de una crónica
Libro tercero de la historia religiosa
de la Provincia de México de la Orden
de Santo Domingo de fray Hernando Ojea,
O. P.*

José Rubén Romero Galván (editor)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

238 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 6)

ISBN 978-970-32-4868-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de octubre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/contextos/texto.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPÍTULO 13

DEL BENDITO Y VENERABLE PADRE FRAY DOMINGO
DE AGUIÑAGA

El bendito y venerable padre fray Domingo de Aguiñaga fue natural de Hernialde, junto a Tolosa, en la provincia de Guipúzcoa, y hijo de nobles padres, y nació cerca de los años de Cristo 1510. Porque él confesaba que cuando la prisión del rey Francisco de Francia, que fue a 24 de febrero del año de 1525, ya él era mancebito, y en unos regocijos salió con un pequeño arcabuz al hombro, de modo que entonces tendría catorce o quince años. Pasó a esta Nueva España poco después que ella se conquistó, tomó el hábito en Santo Domingo de México a los diez de abril del año de 1539, y profesó a los diez y ocho del mismo mes del año siguiente 1540, de donde habiendo acabado sus estudios (siendo ya sacerdote) le envió la obediencia a la provincia y nación mixteca para que deprendiera aquella lengua y sirviera a Dios en la conversión y doctrina de los indios, y él lo hizo con mucha voluntad. Deprendió aquella lengua y por discurso de tiempo la de la zapoteca, en la cual hay también algunos pueblos mixtecos, y también supo algo de la mexicana; porque para todo tenía habilidad y deseo de saber. Y así leía y estudiaba en cualquiera género de buena doctrina, no sólo artes, teología y escritura divina, que eran sus principales facultades, sino también en historia, matemáticas, geografía, arquitectura y otras buenas artes que de aquí proceden, como son hacer relojes, etcétera, experiencias de cosas naturales, de paz y guerra y política. De todo lo cual sabía suficientemente para hablar a donde quiera, aunque entendía más que hablaba, porque hablaba como vizcaíno, que salió algo grande de su tierra.

Era muy noble y apacible de condición, su trato muy generoso y cortesano y él muy magnífico, y tan liberal, que no sabía tener cosa propia, y así era muy pobre. Porque aunque todos le daban por su nobleza y generosidad y otras buenas partes que tenía, él lo daba luego todo. Muy llano y humilde, y juntamente con esto, de mucha gravedad y entereza en su persona. Muy buen cristiano y observantísimo de la ley de Dios y de su regla y constituciones, de mucha caridad, benigno y piadoso, amador de la virtud y de todos los buenos, y él generalmente amado de todos. Muy abstinento y templado en el comer y beber, de tal manera, que en más de 40 años no comió ni bebió fuera de la comunidad, de lo que ella comía, y con mucha templanza. Siempre vistió lana y nunca lienzo. Ocupaba muy bien el tiempo, y así estaba siempre leyendo y estudiando o rezando. Des-

componía y componía un reloj con mucha facilidad y lo traía muy concertado. De lo cual gustaba mucho, y cuando tenía necesidad de alguna cosa en la celda, él lo hacía por su persona, y así remendaba sus hábitos con ser muy mal sastre; levantábase siempre a maitines a media noche, y era muy amigo de la oración y contemplación, en lo cual gastaba mucho tiempo. Decía misa cada día y aunque tan buen cristiano, no era nada escrupuloso. Porque demás de su buena vida daba con su buen entendimiento con mucha facilidad en el punto de las cosas. Decía que habíamos de considerar a Dios como un padre o señor muy benigno para con sus hijos, criados y amigos, a los cuales nunca pide ni manda cosas imposibles, ni repara en pocas cosas, y que amándole de corazón, y procediendo en ellas con sinceridad de ánimo y deseo de acertar, aunque algunas veces errasen, no había mucho que temer estuviese ofendido de nosotros, ni para qué hacer extremos en esto, y que así él no le temía y tenía ajustadas y rematadas cuentas con él. Hablaba el bendito padre a su modo, según el dictamen de su conciencia y la rectitud con que siempre había vivido y vivía en el divino acatamiento. Y con esta llaneza trataba él también con Dios en la oración y particularmente en el *memento* de la misa, a donde, por no tardarse en él ni ser molesto a los que la oían, decía a Dios brevemente: Señor, lo que os dije, acordaos, Señor, de lo que os dije en la oración, o en tal parte. Así me lo refirió él alguna vez.

Por todas estas virtudes fue casi siempre prelado, prior muchas veces, de los conventos de México, de la Puebla y Oaxaca; vicario de los más principales pueblos de mixteca y zapoteca, definidor y vicario provincial muchas veces; vicario general de la provincia dos años; provincial dos veces y confesor del virrey don Martín Enríquez. Algunos años antes de su muerte dejó totalmente el gobierno y cuidado de las cosas terrenas, y se aventajó con más cuidado y perfección en las virtudes que dijimos. Tuvo los dos últimos de ellos una relajación de orina que le daba pena, y sin otra enfermedad que el cansancio de la vejez, habiendo recibido todos los santos sacramentos con gran devoción y sentimiento, dio su bendita alma a Dios en Santo Domingo de México, día del glorioso apóstol san Matías, que es a los 24 de febrero del año de Cristo 1597, y fue sepultado en el capítulo del mismo convento, en la sepultura cuarta del primer orden de las sepulturas que caen frente del altar de él. Fue muy gentil hombre por extremo, de más que de mediana estatura, blanco y colorado, el rostro hermosísimo, las entradas del cabello sin él y descubiertas las sienes, calva sola la mollera, y en medio de ella, sobre la frente, un vellón de cabellos y todo cano. Murió de ochenta y siete años, poco más o menos.